

Gustavo Bolívar



Sin tetas SÍ hay paraíso

## BREVE RESUMEN DE SIN TETAS NO HAY PARAÍSO (PARTE I)

A sus escasos catorce años, cuando notó que las niñas pobres de su barrio empezaron a aparecer con ropas de marca, finos relojes, motocicletas ruidosas, celulares de última generación y electrodomésticos mordernos para sus casas, el corazón de Catalina empezó a angustiarse. Preguntó a sus amigas cómo lo hacían y la respuesta de Yésica, La Diabla, la proxeneta, tan solo un año mayor que ella, fue contundente: Le toca darlo, amiga. Le toca acostarse con los “tales” (los narcos).

Después de pensarlo poco, aceptó pero se estrelló con un problema. Los narcos no la aceptaron en sus camas por tener las tetas pequeñas y tampoco se podía operar sin el dinero de los narcos. Catalina nunca imaginó que la prosperidad y la felicidad de las niñas de su generación quedaban supeditadas al tamaño de su brasier.

A partir de entonces, la pobre solo tuvo un sueño: agrandarse las tetas para encajar en la estética de los narcotraficantes y por esa vía llegar al paraíso de la opulencia.

En ella, como en muchas jovencitas de su generación, confluyeron los ingredientes de un coctel peligroso: de un lado la ignorancia, mezclada con vanidad y ambición, y del otro una sociedad que no brinda oportunidades a sus jóvenes y una madre laxa que no vio, no escuchó ni dijo nada cuando los síntomas de degradación familiar se hicieron presentes.

Con el camino despejado, y de la mano de Yésica, Catalina se lanzó a beberse el mundo de un solo sorbo. Viajaron de Pereira a Bogotá en busca de un médico que le fiara la operación y encontraron uno que por una noche de placer le puso unas prótesis de segunda mano. Es decir, usadas, recién sacadas de los senos de otra paciente. Con sus tetas grandes y reutilizadas, Catalina empezó a vivir una época de falsa prosperidad. Grandes fincas, largos viajes, autos lujosos, lindos hoteles, costosos regalos, dinero a borbotones y hasta un narco dispuesto a casarse con ella: Marcial Barrera.

Mientras vivía su fantasía, Catalina se olvidó de su hermano Bayron, de doña Hilda, su madre, y de su novicio del Barrio, Albeiro. El joven pasaba por su casa todos los días a preguntar si había regresado o al menos llamado, pero doña Hilda le respondía siempre de la misma manera: “No ha dado señales de vida”. En ese vaya y venga doña Hilda y Albeiro resultaron enamorados. Novio y madre de Catalina juntaron necesidades y se entregaron al amor.

Entre tanto, la fantasía de Catalina empezaba a desmoronarse. Sus implantes de silicona le generaron una alergia terrible que la obligó a retirárselos. Como si fuera poco, el cirujano le prohibió operarse antes de dos años, so pena de poner en riesgo su vida. Y como ella centró todo su universo en las tetas, sintió que había perdido atractivo para los hombres que la pretendían. Y así fue. La Catalina sin prótesis dejó de ser atractiva para la mafia. Yésica, llevada por la envidia que le producía la buena vida de su amiga al

lado de Marcial, aprovechó el mal momento de Catalina y se inventó la manera de traicionarla para quedarse con su marido y con su fortuna, y lo logró. La pobre fue recogiendo las tempestades que sembró y llegó un momento en el que se le juntaron todas las desgracias. Su hermano Bayron fue abaleado por la policía y su madre quedó embarazada de su novio Albeiro.

Con tantas calamidades encima, producto de la suma de sus desaciertos, Catalina no tuvo otra salida que la muerte. Pero como fue cobarde a la hora de suicidarse, primero con una letal mezcla de éxtasis con alcohol, posteriormente desde una altura y por último con el revolver de Pelambre, optó por mandarse a matar. Utilizó a Pelambre, un escolta de Marcial que se había enamorado de ella, para que la asesinara haciéndole creer al pobre que iba a matar a Yésica cuya traición ya había descubierto.

Al escuchar el rugir de la motocicleta donde se transportaban los sicarios que la venían a matar, Catalina abrió la Biblia en el lugar donde le indicaba el delgado cordón azul de satín. Manchó, sin proponérselo, un par de párrafos con sus lágrimas, tachó con un crayón rojo un versículo de San Lucas, con evidente rabia, escribió sobre él, con afán, una frase lapidaria, y cerró los ojos al sentir los pasos del asesino. En un instante viajó por su vida con asombrosa nitidez y se entregó a la muerte. Cuando pudo liberar sus penas y mandar sus apegos al carajo, escuchó los cuatro disparos que le arrebataron la vida que ya no quería y que, a lo mejor, ya no tenía. Cayó al piso, sin mucho estruendo y con ella, la estupidez que la acompañó desde que se antojó por aquellas cosas que no podía, ni debía, ni necesitaba tener. Con Catalina murieron sus demonios pero crecieron y se fortalecieron los de Yésica, la Diabla.



CAPÍTULO UNO  
—  
EL ASESINO DEL AMOR

**Pelambre:**

En el frío suelo del Café Salento, enroscado, como escondiendo el dolor de su fracaso, yace un cadáver de mujer, atravesado por cuatro proyectiles envenenados de olvido: uno que le quebró la ambición, otro que le borró la ignorancia, uno que le rompió la vanidad y el más certero, el que le mató los sueños.

Junto a la difunta, en medio de un griterío exagerado y como testigos del caos, permanecen varias sillas ladeadas, algunos casquillos de bala calibre 38, media docena de empleados corriendo de un lado a otro, como hormigas al finalizar el otoño, dos investigadores inexpertos y una Biblia abierta y subrayada con marcador rojo en el Capítulo 23, versículo 43, del libro de San Lucas.

Innumerables chismosos, entre ellos yo, el asesino, curiosamos la escena. Vine a tomar una foto de la difunta que la señora Catalina me pidió como prueba el día que acordamos el crimen. Mientras alisto la cámara pienso que este

es un momento sublime, porque si alguien en este muladar llamado mundo merecía la muerte era ella, Yésica. Por algo le decían “la Diabla”. Fue el peor ser humano que parió el infierno. Por eso cuando doña Catalina me dijo que la quería ver muerta, no lo dudé un segundo y me ofrecí a matarla. En parte porque en pago me ofreció su amor, algo que he anhelado desde que era la esposa de mi patrón y en parte porque por culpa de esa demonia, don Marcial se encegueció y nos quitó, la herencia a doña Catalina, y el empleo a mí. Aunque muero por un beso de mi señora, a Yésica la hubiera matado gratis y hasta hubiera pagado por adquirir el privilegio de desaparecerla. La odio aún estando muerta y debo admitir que no me duele su sangre derramada.

En la escena del justo crimen, entre tantas caras de asombro sobresale la mía que no puede esconder una sonrisita malnacida, de esas que se van con uno hasta la tumba. Llamaré de nuevo a doña Catalina para contarle que su peor enemiga, la que le quitó el marido y la buena vida, ya no existe.

Hace dos minutos la llamé y no contestó. A lo mejor tiene remordimientos. Le diré que puede respirar sin miedo, que podemos empezar una nueva vida lejos de aquí y, por qué no, si lo desea, puede usar mi ser y mi amor para ser feliz.

Un último vistazo. Le disparo de nuevo: esta vez cuatro fotografías, pero ninguna a la cara porque sigue bocabajo. Espero con paciencia, escuchando comentarios de los chismosos, hasta que por fin un funcionario de medicina legal, de esos que cuentan orificios a los difuntos tiroteados, voltea el cadáver. La noto rara. En un movimiento mecánico le quita el cabello de la cara y le limpia el rostro en busca de más agujeros. Retrato el momento con asombro.

Algo malo sucede. ¡Dios! El sol se apaga. Mis ilusiones se derrumban en un instante. La mujer que yace en el piso no es Yésica. No es la Diabla.

La muerta es mi señora Catalina del alma.

¡No puede ser!

¿Qué pasó?

¿Qué hice?

Todo es confuso.

Lloro mi desgracia.

He asesinado a la mujer que amo.

Miro sus labios morados y me lamento. Observo sus mejillas pálidas y las malayo. Sus manitas, ya sin fuerza, sostienen un celular y un bolígrafo de tinta roja con el que tachó el versículo que narra el momento en el que Jesús le dice a los malhechores que lo acompañan en el Monte Calvario: En verdad os digo que hoy estarán conmigo en el paraíso. Ese versículo está tachado con una inscripción que resume lo que fue la malograda vida de doña Catalina: “Pura mierda, sin tetas no hay paraíso”. Y razón no le faltó a la pobre. Cuando las tuvo, el mundo se puso a sus pies. Cuando las perdió, el mundo le dio la espalda. Al menos desde su punto de vista, esa fue su penosa realidad.

Destrozado por la desaparición de la única mujer que he amado en silencio, intento reconstruir los hechos en mi agobiada cabeza y no entiendo el engaño. Ella me dijo que Yésica iba a estar sentada en esa mesa, con esa chaqueta blanca, con esa bufanda rosada, con esa Biblia que yace en el piso con sus páginas jugadas al viento, a esta misma hora. Pero me mintió. Se puso en el lugar de la Diabla para que mis sicarios la mataran a ella. Cobarde, me engañó. Jugó con la bondad que nacía de mi amor. Se burló de mí. Sé que este dolor me acompañará a la tumba porque no alcanzarán los días que me quedan para llorarla lo suficiente. La amaba más que a mi madre.



## Macabra despedida

El chorro de sangre que sale de la cabeza testaruda de doña Catalina corre por debajo de las mesas, baja el andén con precaución, como si temiera algo peor, y camina lento por la orilla de la vía, esquivando los pies de algunos curiosos y las llantas delanteras de dos patrullas de la policía. Yo no muevo mis pies. Dejo que la sangre roce mis zapatos y me agacho a tocarla. Llevo la muestra recogida con la yema de mi dedo índice a la boca y cierro los ojos saboreando la única partecita de doña Catalina que podré llevar dentro de mí.

El chorrillo, aún tibio, culebrea por entre el polvo y esquiva o arrastra algunas hojas que han caído de los árboles hasta perderse dentro de una rejilla de desagüe, una cuadra más abajo. Dentro de esa alcantarilla se mezcla con la mierda de los ricos, la mierda de los pobres, los meaos de ambos, y empieza a recorrer la ciudad en una especie de macabra despedida.

Y, como la agüita amarilla de los Toreros Muertos, pasa por debajo de las casas de los malos que se creen buenos, pasa por debajo de las casas de los buenos que se creen malos, pasa por debajo de los peores, aquellos que no se creen ni una cosa ni la otra. Por último, se precipita sobre las aguas de una quebrada que desemboca en el río donde, kilómetros y días más adelante, encuentra salida en la bocatoma del acueducto de la ciudad donde vive la madre de Catalina.

Sin presentimiento alguno, porque la intuición se le secó hace meses, doña Hilda recoge un poco de agua de la pluma de la cocina sin imaginar que, a lo mejor, contiene alguna minúscula partícula del alma de su hija muerta. La bebe con los ojos cerrados y exclama:

—Gracias, Dios, por el agua bendita que nos das.

N.N

Si la vida de Catalina fue todo un monumento al desperdicio, su entierro fue toda una apología a la tristeza. Después de disfrutar de los placeres de la vida en los mejores restaurantes, en los autos deportivos más bestiales, en las fincas más lujosas, en los hoteles con más estrellas, un jueves, tres semanas después de su muerte, al borde de las cuatro de la tarde, dentro de un ataúd muy pobre, sin herrajes como los que usaba en sus bolsos costosos, ni terciopelo como el de las cortinas de su mansión, bajo los hilos helados de una llovizna intrascendente, su cuerpo fue enterrado en el Cementerio Central con mi única y distante presencia.

Los hombres de Medicina Legal depositaron su cadáver en una fosa común con la naturalidad de quien bota algunas sobras en la caneca de la basura. Sin una oración y ni una flor sobre su tumba, los deshechos humanos de mi señora fueron arrojados a la nada. Los observé desde la distancia con un ardor que me quemaba la garganta. Sentí un impulso incontrolable de meterme con ella dentro de la tierra, pero los matones somos cobardes. Nos gusta desconectar vidas, pero le tememos a la muerte.

Cuando los hombres terminaron su trabajo me acerqué temeroso, tomé un poco de tierra de su nueva y lúgubre morada y la guardé en mi bolsillo luego de extraer de sus entrañas un par de gusanos blancos y gordos, asquerosos, de esos comensales de carne humana que se encargan de recordarnos que todos somos iguales. Aún conservo ese puñado de tierra. De rodillas le pedí perdón a mi señora por haberla matado, por amarla tanto, y me acosté sobre su terruño a recibir el agua del cielo sobre mi rostro. No soy bueno para hacer reclamos a Dios, pero mi silencio fue suficiente para darle a entender a ese señor que no estaba contento con Él.

Allí, sobre esa tierra que recubre sus pobres restos, cuidándola, reprochándole su engaño, jurándole mi amor infinito, me dormí, engarrotado por el helaje pero con más dolor que frío. No volví a saber de mí hasta un día después, cuando los mismos hombres que enterraron a Catalina me lanzaron un cadáver encima. Desperté asustado, pero mi cara de asco les hizo saber que no estaba muerto, aunque muy muerto sí estuviera por dentro.

Uno de ellos alcanzó a correr gritando que yo había resucitado, pero muy pronto cayó en cuenta de su exageración y fue objeto de burlas por parte de sus amigos. Cuando descubrieron que yo era el doliente de la mujer enterrada el día anterior, se lamentaron por la equivocación y me ofrecieron disculpas que no tuve reparo en aceptar. Puse sobre la tumba de mi amada una cruz hecha con chamizos de árboles y flores de otros difuntos y me marché pensando en cómo iba a ser mi vida sin su sonrisa triste.

